

Antonio Miguel Quesada Portero

MEDIOCRE, DE POCO MERITO, TIRANDO A MALA

Introducción

Palabras. Estamos rodeados de lenguaje, de narraciones, de frases, de verbos, de adjetivos, de frases, de narraciones. En gran parte estamos hechos de carne y también de palabras. Palabras. Unas, la mayoría, igual que se pronuncian, se van, se diluyen en el aire. Pero algunas pueden marcarnos a fuego, se nos pueden enroscar en las entrañas y desde ahí imponérsenos.

Frases huera del político en campaña electoral o del vendedor de sonrisa prefabricada. Términos palpitantes confesados a la amiga íntima en el desahogo regado de llanto o en el feliz recuerdo compartido mientras nos besamos.

Te levantas de la cama por la mañana y cuando tropiezas con tu pareja en la cocina, tu máscara, automáticamente, dice un “buenos días” maquinal e intrascendente. Pero el día de tu boda dijiste “sí quiero” ante el juez y se abrió un nuevo capítulo en el libro de tu vida.

Palabras que polarizan nuestra atención, que nos hipnotizan. Que son pronunciadas en el momento propicio, cuando la conjunción de los astros es la oportuna o cuando el gran Hado lo decide. Algunas pueden ser mágicas y nos animan y dan poder. Pero otras, otras... se hacen malignas y nos hieren y nos debilitan y caen sobre nosotros como una pesada losa, como una auténtica maldición... ¡Cuidado!

1

Sucedió a finales de abril, un martes, pasados unos minutos de las doce de la noche. Estela, trece años, hija única y mimada, se había quedado dormida en un sillón de la sala de estar. Su madre, Pepa, le insistió para que se fuera a la cama. Ella se hacía la remolona. ¡Se estaba tan a gusto allí, enroscada sobre el mullido asiento! Su mente se encontraba en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia, un momento que dicen que es propicio para el trance, para raros fenómenos de conciencia. De fondo, en la sempiterna televisión ronroneaba un estúpido concurso, constituyendo así el fondo sonoro sobre el que hablaban los padres de Estela.

Mientras recogía los platos de la cena, la madre, enfadada con su hija, decía que estaba ya cansada de tener que forcejear una y otra vez con la niña para que se marchara a dormir, que no lo hacía las horas suficientes y que por eso luego no rendía en el colegio. Él padre, sentado orondo en su mullido sillón, le respondió que después de todo no había tenido malas notas. Entonces la madre pronunció una frase que no tenía nada de especial, ni en el contenido ni en el tono.

-No, no ha tenido malas notas, pero tampoco buenas. La verdad es que Estela es una estudiante del montón. No es que parezca demasiado espabilada. Es... como decirlo... es... una estudiante mediocre. Sí, esa es la palabra adecuada. Mediocre. Y no sólo en los estudios...

“Mediocre”. Estela tuvo un levísimo estremecimiento al oír esa palabra. En su duermevela, le pareció un vocablo feo, que sabía a...a rancio. Pocas veces la había escuchado, nunca le había prestado una especial atención.

Pepa volvió a zarandear a Estela y, esta, medio sonámbula, fue a acostarse, con la maldita palabra reverberando en su cabeza.

2

Al día siguiente, Pepa la despertó, metiéndole prisa para que no llegara tarde al instituto. Estela no recordaba lo que había soñado pero sentía un malestar sordo, una sensación desagradable. Y en cuanto su mente aterrizó en el nuevo día, se le apareció, rotunda, pesada, la palabra tóxica: “mediocre”. Sí, su madre había dicho que era “una estudiante mediocre”... así que era, era... una persona mediocre. Eso, alguien del montón. Sosa, gris, nada brillante. “Mediocre”. ¡Qué mal sonaba la etiqueta que le había puesto su madre! De un salto se levantó y buscó, entre el desorden de su libros, el diccionario. De fondo se oía la cantinela de su madre sobre su tardanza. Pasó las páginas, impaciente.

-Mediocre. (Del lat. *Mediocris*). adj. De calidad media. 2. De poco mérito, tirando a malo. “Tirando a malo”. Rápidamente fue al baño y cuando se miró en el espejo, escudriñó como jamás había hecho su cara, que exhibía un gesto de desagrado, casi de asco. Sí, era poco atractiva. Esa pequeña asimetría de la nariz. La minúscula cicatriz en la mejilla. Esos barrillos. Los labios algo resecos. No, no era guapa. Tampoco muy fea. Pero tenía poco pelo, los ojos eran algo saltones, los labios demasiado gruesos. En fin, que su cara era mediocre, como lo era su capacidad de estudio... como su cuerpo, pues no podía negarse que tenía las piernas algo cortas y el culo más bien gordito.

- He aquí alguien mediocre –murmuró muy bajito mientras parecía saludar a la nueva versión de Estela que le miraba desde el espejo, algo más fea que de costumbre.

Un chillido de su madre cortó el hilo de su pensamiento. Salió rauda del baño.

3

Estela terminó de vestirse y terminó de tomarse la pequeña botellita de batido por el camino hacia el instituto. En la esquina de siempre estaba Mari, su amiga, esperándola impaciente. Estela pensó que tampoco Mari era guapa. Más o menos como ella, la verdad. Pero, pero... sí, tenía una sonrisa muy bonita, que reflejaba una alegría auténtica, contagiosa. No como la suya, que no tenía encanto. ¿Pero qué encanto podía tener la sonrisa de una persona mediocre? ¿Y no pensaría a veces Mari, todas sus compañeras, que realmente ella era sosa, sin gracia...? Sí, tenía un nombre bonito, incluso rimbombante: Estela. Estelar, de la estrellas. Sonaba a actriz. No como su madre. ¡Qué vulgar suena lo de Pepa! Bueno, aunque realmente se llamaba Josefa... que tampoco es que fuera muy bonito. Claramente Estela era más bonito. Estelar, de las estrellas. Pero ella no daba la talla. La Estela de carne y hueso era alguien gris, mediocre, que sacaba notas regulares y que desde luego no sería elegida en un *casting* para salir en ningún anuncio de televisión. Mari... Mari pues sí, podría hacer publicidad de un dentífrico.

-¿Tía, que te pasa? Parece que estás rayada –le espetó su amiga.

Estela sacudió casi imperceptiblemente la cabeza, intentando poner punto y final a su rumiación mental. Y lo hizo diciéndose interiormente otra frase que surgió así, sin más.

-No hay que darle más vueltas: soy mediocre... ¡y amén!

“Amén”. ¡Vaya palabrita que había salido ahora! La había estudiado hace poco en clase de lengua. La decían mucho los curas y significaba “así sea”, pero también se empleaba para poner punto final a una discusión. El veredicto estaba claro, pues: era mediocre, de poco mérito, tirando a mala... ¡y ya está! ¡Amén!

-Oye, Mari, ¿no te ha pasado alguna vez que se te ha metido una palabra en la cabeza y no hay manera de quitártela de encima? Como una obsesión o algo así.

-¿Qué? ¿Qué dices? –espetó su amiga con exagerada cara de asombro-. Tú lo que estás es tonta...
“Tonta”...

Coda

1

Diez años después Estela estaba trabajando en una tienda de ropa. Julia, la vieja y amargada dueña, la insultaba y, obligaba a hacer tareas absurdas desde hacía un tiempo, pues quería que renunciara a su contrato para no tener que pagarle la raquítica indemnización por despido establecida por la ley. En el sindicato le habían dicho que denunciar era inútil o hasta contraproducente si no podía probar el maltrato psicológico. Estela tenía ansiedad y estaba desmoralizada.

El médico de la Seguridad Social la derivó a una psicóloga. La amable terapeuta le comentó que, en su caso, el trabajo era como una guerra y resistir era ganar. El tiempo estaba de su parte, pues cada día transcurrido generaba salario, cotización y vacaciones, que era, en fin, una pequeña “victoria”. Ya se las ingeniaría para lograr que alguien testificara o grabar las vejaciones. La psicóloga le insistió en que evitara caer en la trampa del pensamiento “derrotista” y en que se buscara un buen “escudo mental”. Escudo... le llamó la atención esa palabra.

2

Aquel día Julia, aprovechando el que encontró a Estela sola en el pequeño almacén de la tienda, cerró con llave la puerta y siguió con su campaña de psicoterrorismo.

-¡Inútil!. Has colocado el género de la mesa de los jerseys fatal. Estoy harta de ti. Eres la más tonta de todas. So torpe.

“Mediocre”. La maldita palabra apareció de nuevo en la mente de Estela. ¿Qué podía esperarse de alguien mediocre? Pues que no fuera capaz de defenderse del maltrato de una arpía como la que estaba insultándola. Llena de ira, Julia incluso levantó el puño derecho para hacer el amago de descargar un golpe sobre su llorosa víctima. Esta, instintivamente, se protegió con la mano izquierda abierta, a la manera de escudo.

-“Escudo” – pensó Estela. Y se imaginó que en su brazo tenía uno redondo, de gruesa madera, que paraba el golpe que le asestaba la maldita Julia, que soltaba un horroroso grito al destrozarse la mano contra su defensa. Y un esbozo de sonrisa se abrió en la cara de Estela.

-¡Si serás estúpida que hasta te ríes! ¡Realmente eres tonta! ¡O masoquista!

-Si tú supieras lo que tengo en mi mente, bruja –pensó Estela, regodeándose en su fantasía.

Al ver que continuaba la expresión de agrado en la cara de la muchacha, Julia no pudo controlar su ira y dio un grito.

-¡Ahhhhh!

Estela la miró fijamente y se irguió. Julia se quedó paralizada, con una ridícula expresión de sorpresa en la cara. Contrajo un poco su cuerpo. Se oyó que alguien forcejeaba con la cerradura y que al no poder abrirla golpeaba en la puerta.

-¡Julia, Julia! ¡Por Dios! ¿Te ha pasado algo?

Era la voz de Mari, también empleada en la tienda. Estela dijo, lenta y enérgicamente:

-No pasa nada. Estamos teniendo una conversación de trabajo, eso sí, un poco... tensa.

Sí, eso es, tensa. ¿Por dónde ibas?

Y mientras Julia seguía como petrificada, Estela sacaba el teléfono móvil de su bolsillo, activaba la función de grabación de vídeo y lo interponía entre ella y la acosadora.

-¿Qué es lo que me estaba diciendo, doña Julia? –dijo, mientras en su cara se reflejaba una actitud de decisión y una sonrisa.

La jefa seguía bloqueada, y, perpleja, dijo, balbuceante, mientras abría la puerta del almacén:

-Nada, nada. Ya volveremos a hablar.

-Primera victoria –pensó Estela, sonriente. Otra palabra a la que nunca había prestado atención pero que le sonó como algo fresco, nuevo. “Victoria”.